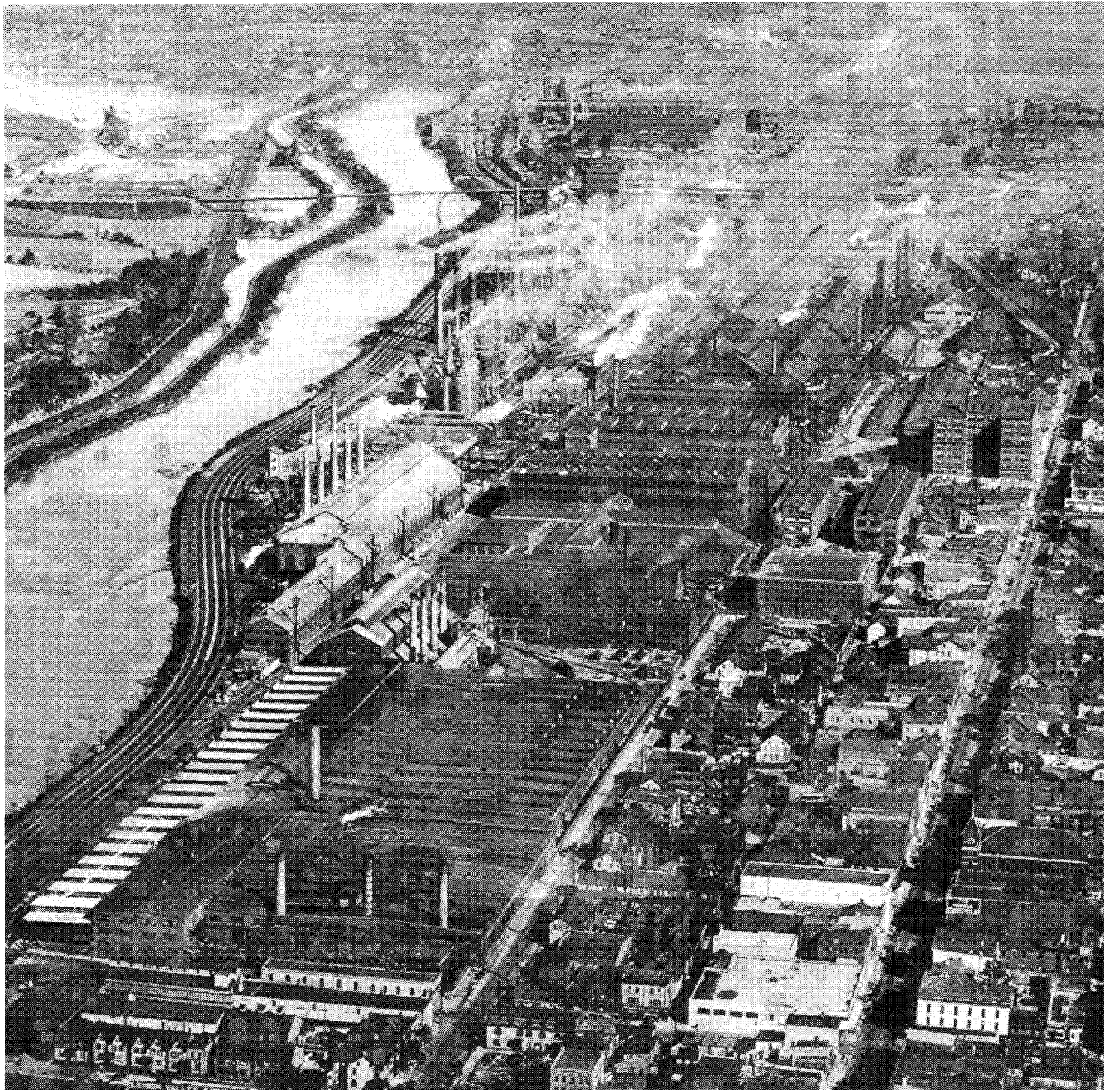


EL ARTE EN LAS CONSTRUCCIONES INDUSTRIALES



TEODORO ANASAGASTI

Hasta el presente, poco o nada había preocupado cuanto se refiere al carácter y al aspecto de las construcciones llamadas industriales. Una indiferencia, o por mejor decir, un desprecio tan grande como inexplicable había relegado a último término este género de edificaciones, en las que, según se decía, debía ser menguada la intervención del arquitecto. Y no sólo se las dispensaba su horrible fealdad, sino que a esa fealdad se consideraba como su patrimonio peculiar: algo así como una necesaria, indispensable característica de la edificación *utilitaria*.

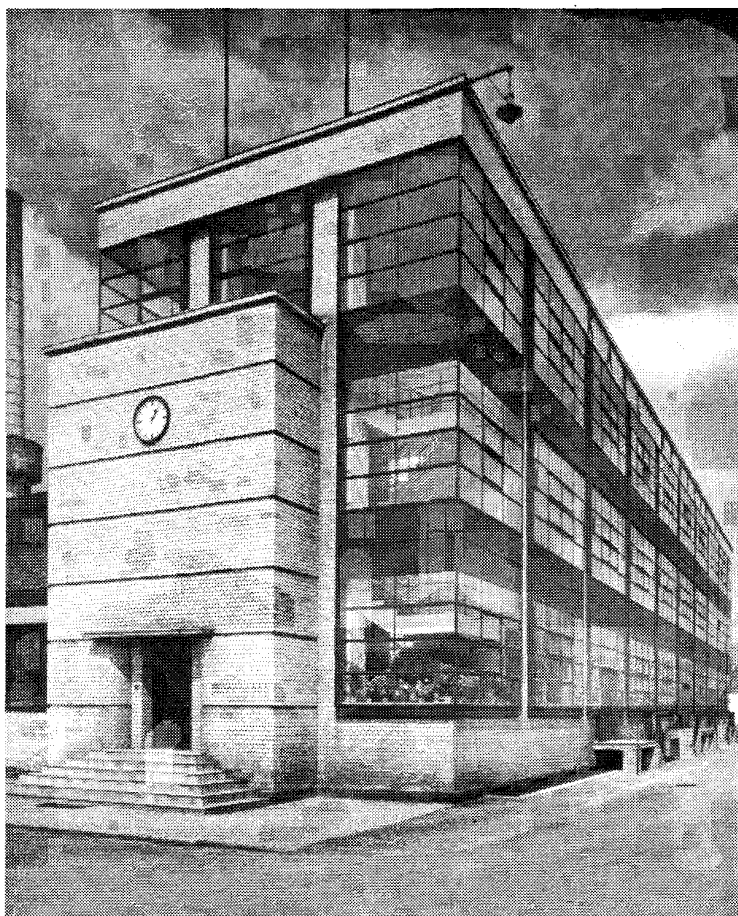
Como lógico resultado de este estado de cosas, a medida que el desarrollo industrial se agigantaba multiplicábase con pasmosa rapidez esas moles, cuya pesadez aplastaba las poblaciones, invadía el campo y destrozaba el paisaje. Cuando estas edificaciones alzábanse en el interior de las poblaciones, era cuando se hizo necesario pensar en su adecentamiento. Había que *lavarlas la cara*, y en su auxilio intervenía, sí, pero tímida, superficialmente la arquitectura, ya ornamentando la fachada con exóticos adornos o combinación de ladrillos, ya colocando algún frontón o pináculos que rompiesen la «monotonía de la línea horizontal», algunos maineles en los grandes huecos, o unas pilastras.



Es decir que, la arquitectura no se atrevió a adueñarse del problema, como soberana a quien pertenecía resolverlo desde su origen y en toda su integridad.

Contemplad esas construcciones. Las hallaréis antiestéticas, y lamentaréis que el arte arquitectónico no les prestase atención; que no supiera o no quisiera aprovechar de lo más característico, de lo que tan ligado está al espíritu y vida moderna constituye su genuina representación. ¿Qué otras, sin deber nada a los estilos pretéritos, —podían ser las primeras y más típicas manifestaciones de la arquitectura moderna?

W. Gropius, entrada de la fábrica Faguswerk



¿Cuáles más indicadas para ostentar las nuevas formas?

¡No parece sino que nos hemos olvidado de que las más hermosas creaciones de la arquitectura se fundaron en la utilidad!

Los alemanes, afortunadamente, han comenzado a iniciarnos en el buen ejemplo, con ese estilo sobrio, serio, atento más que a los detalles, a la proporción y que ante todo busca la silueta.

Son recientes sus primeros ensayos y muy afortunados algunos de ellos. Peter Behrens, en la fábrica de turbinas y motores A.E.G. y los gasógenos de Frankfurt: Stofregen, en la fábrica de linoleum de Bremen: Albert Marx, en la central de Hagen: los hermanos Rank, de Munich, en sus recientes construcciones: Riemerschmid, en la fábrica de arte decorativo de Helleran... (sic) son nombres prestigiosos que ponen todo su valer, su entusiasmo y su fuerza creadora en esta meritoria labor.

Claro que hace falta mayor cultura y una sensibilidad artística más refinada, y libre de prejuicios para lanzarse en busca de nuevas orientaciones que para vivir vegetando cómodamente dentro de las normas que establecieron los antepasados. Pero no puede negarse que más hacen aquellos apóstoles en bien del arte y de la arquitectura nacional, que cuantos se entretienen en discutir si la orientación moderna debe encauzarse por el campo del renacimiento o del barroco...

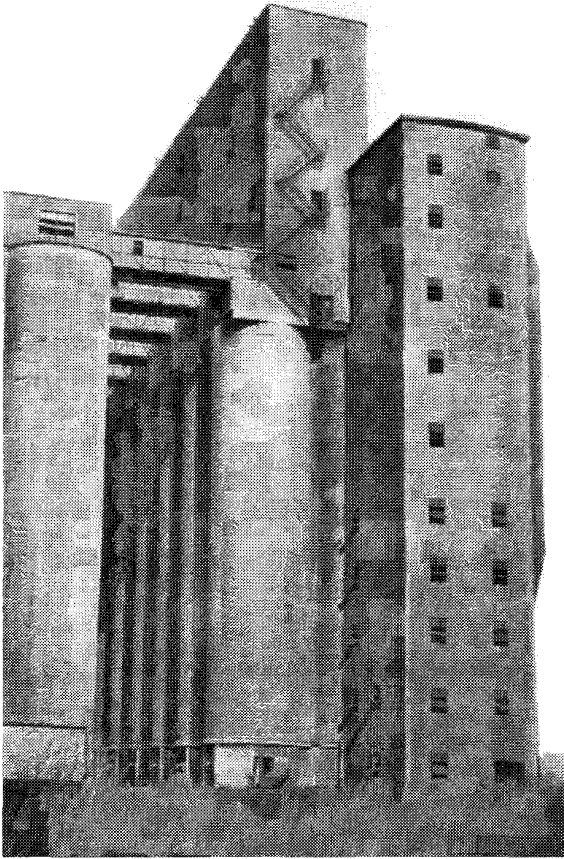
Todos ponderan lo pasado:

Siempre, a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor:

porque el tiempo, según frase gráfica y conocida, parece que poetiza y engrandece lo pasado y lo que hoy nos parece antiestético, por moderno, cuando no estéril, amarán, por viejo, las venideras generaciones.

¿Por qué todos somos capaces de admirar, de sentir la belleza no sólo de la arquitectura anterior, sino hasta la de un simple artefacto, una máquina primitiva?

Y ¿cuántos hay capaces de cantar la belleza de una máquina moderna, producto asombroso de la inteligencia; verdaderos seres férreos vivientes? ¿Cuántos sienten la solemnidad de sus movimientos majestuosos, la regularidad, el ritmo con que desempeñan sus múltiples trabajos?

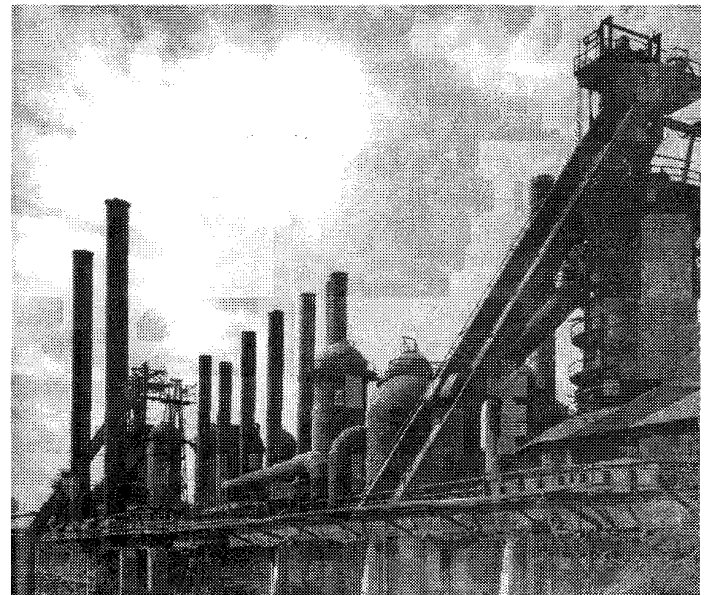


Chicago, elevador de grano 5

Podrán, a primera vista, extrañarnos las soluciones que se vayan logrando: mas no importa. El tiempo, que con su pátina lo hermosea todo, y la costumbre, que es uno de los factores que más influyen en la apreciación de la belleza, harán que nuestra tolerancia de hoy se convierta en acatamiento primero y en admiración después.

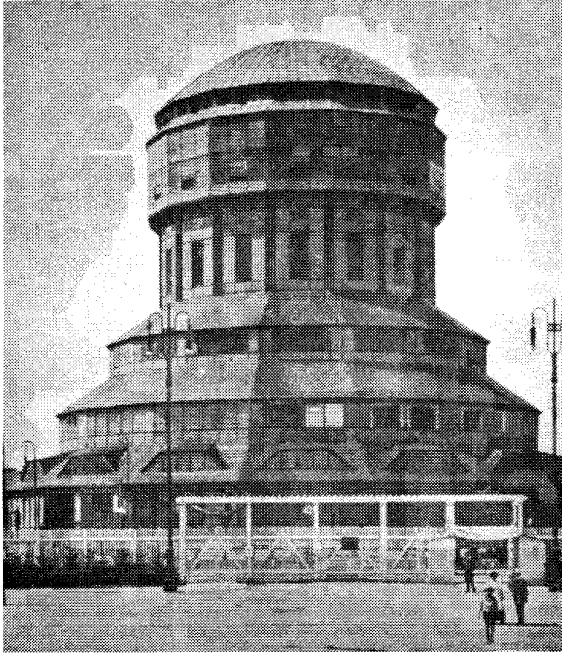
Las fórmulas artísticas no hay que tomarlas como inmutables, permanentes: han venido apareciendo siempre a remolque de las producciones, para explicarse el *por qué* de lo que el sentimiento buscó libremente adaptándose a las necesidades de cada caso. y forzosamente han de ir evolucionando, como evoluciona todo. Lo contrario sería tachar de poco progresivo, de rutinario y pobre nuestro arte; equivaldría a ahogar la independencia del pensamiento; a imponer lo inexplicable con un criterio cerrado, fijo, como todo lo traído a déstiempo.

Sloss Furnaces (altos hornos) Birmingham, Alabama



Y si tan poco común es este culto, ¿cuántos son los constructores capaces de encarnar estas extrañas sensaciones en la envoltura arquitectónica que muestre con veracidad, con los medios más sencillos, sin complicaciones, con los materiales más vulgares, con energía y sobriedad los fines de la construcción?

La obra de arte original nacerá adoptando como bueno, en toda su integridad, cuanto exija la vida actual y su industria: relegando los rancios prejuicios de la teoría arquitectónica enemiga de la evolución y que pretende establecer comparaciones importunas: no renegando de los productos modernos y menos aún considerándoles como enemigos del arte.



H. Poelzig, Torre de agua

Entremos en lo más trascendental del problema.

¿Cómo podrán concebirse con el debido acierto las construcciones industriales?

La respuesta es categórica; no cabe duda que proyectándolas unidos el ingeniero y el arquitecto.

La fantasía, moviéndose con independencia, podría dar pruebas de su genio creador; y la variedad y la movilidad de las plantas; la diversidad de formas y tamaños en las dependencias; sus agrupaciones raras; la riqueza de huecos, (algunos grandes, que rasguen todo el muro para dar paso a trenes aéreos, vagones mercancías; su distribución aritmética, agrupados a veces en un paño, dejando desamparados y secos otros); los colosales depósitos; gasógenos; planos inclinados; gruesas tuberías, que, a manera de arterias visibles, ligan unos a otros pabellones; puentes, chimeneas, etc., etc., ¿cómo negar que originarán riqueza de líneas y siluetas, de las que el constructor podría sacar excelente partido?

Si a esto se unen el humo y el vapor que arrojan las fabricas; las llamaradas que despiden, y el agua, manifestados con acierto; ¡imagínese cómo imprimirían a la construcción una vitalidad que está muy lejos de poseer la arquitectura estática!

Y ¿qué duda cabe de que ese su gran poder generador interno las haría aparecer como ingentes seres, monstruosos, dotado de una fuerza y un encanto que, indudablemente, habrá de impresionarnos con agrado y seducirnos?

La disimetría: la libertad en la disposición, que, hasta ahora, apenas las diferenciaba de las casas, serían las encargadas de redimir este género de construcciones, que, forzosamente, deben adoptar formas nuevas y características en cada caso.

Hay que declarar guerra a esa alineación sistemática de los pabellones, a esa monotonía, a esa uniformidad, a la repetición de los mismos huecos, y, sobre todo, a la simetría de sus plantas y alzados, que sin fundamento lógico y violentando el destino, se prodigan con demasiada frecuencia. No debe preocupar al proyectante que surjan unidos (siempre que el problema lo reclame), cuerpos que por sus formas y dimensiones parezcan disociados: como tampoco que la distribución y contorno de los huecos sea distinto, ni el que se manifiesten soluciones raras.

La fábrica, al fin y al cabo, no es más que un aparato, el mayor, dentro del cual el hombre elabora con los útiles que creó su inteligencia. Y, como tal aparato, tiene sus órganos, sus huecos receptores y un cuerpo donde las primeras materias se transforman, para salir convertidas en productos.

Así entendemos el arte en las construcciones industriales, respondiendo a esta génesis, sin pretender que en sus vestiduras recuerde las formas anteriores, y creando, repito, en cada caso, un tipo distinto: un tipo propio del carácter que encarne, o que, al menos, manifieste su destino.

Podemos asegurar que los alemanes encontraron, dieron con la fisonomía adecuada, característica

de la fábrica; y el estudio de estas construcciones servirá de norma a quienes deseen proyectarlas con mayor desenvoltura que hasta el presente.

A la vista de los grandes silos de carbón o de los inmensos depósitos de granos de Bronklin (sic), de siluetas extrañas, masas colosales, avaras en huecos, se comprende el aspecto monumental que adquirirían cuando fuesen manejados por un lápiz que supiera sentirlos en toda su grandeza.

Las torres o depósitos de agua, son, hasta ahora, por la facilidad de su concepción, las construcciones industriales de que se ha sacado mejor partido: como lo prueban muchos de sus ejemplos y los concursos convocados en Alemania para su creación.

Pero ¿es nueva la teoría que predicamos? ¿Acaso muchas de las construcciones antiguas (con huecos de mil clases y tamaños, dispuestos para entrada de mercancías y en los secaderos), no son industriales y de formas debidas a la utilidad? ¿Qué es un molino de agua? y el de viento, ¿no es el ejemplar más hermoso, que nos demuestra cómo la industria, con sencillez y veracidad, adoptando las formas racionales creó un tipo que nada debe a los otros?

Es más complicado y mayor estudio exige el problema cuando la fábrica está en el campo. Las sociedades protectoras del paisaje y belleza naturales intervendrán algún día para que una presa, un pabellón de turbinas, etc., no rompan la armonía del sitio y exigirán el estudio y adaptación del ambiente circundante, sin oponerse a la utilización de los elementos: que ello supondría tanto como dificultar el progreso creyéndole reñido con el arte.

Tales son las consideraciones que nos ha sugerido el estudio de estos sinceros ejemplares de la moderna arquitectura alemana.

Vinimos (en medio de la actual desorientación arquitectónica; cuando las modas y estilos se suceden con tanta frecuencia), a estudiar el *arte puro*; y hemos terminado por hacernos industriales, sintiendo las excelencias de ese arte sencillo y nuevo, que no es tan seco visto de cerca como parece en las revistas.

Cuando los gustos y aficiones por las corrientes modernas ha habido que cambiarlos con demasiada rapidez; cuando de nuestras bibliotecas hay que desterrar obras compradas ayer, de arquitectos a quienes teníamos por guías o apóstoles: después de haber empleado en las fachadas los círculos, cuadrados y los tres colgajos, creyendo que en ellos estaba la salvación, y acaso olvidando las cuestiones más elementales, saludamos con el mayor entusiasmo a alemanes que caminan seguros por la verdadera senda, adoptando en su arquitectura las formas severas y sencillas.

Teodoro Anasagasti, «El arte en las construcciones industriales», publicado en *Arquitectura y construcción*, Madrid-Barcelona: n. 264, julio 1914, pp. 150-155

P. Behrens, fábrica de tur...

